



"LOS OLVIDADOS", película de Buñuel, presentada en la Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos, de Valladolid, en abril de 1965.

La película se proyecta en España con retraso suficiente como para que el tema no resulte nuevo. Vittorio de Sica y Truffaut abordan el tema en "Sciucscia" (El limpia-botas) y en "Los cuatrocientos golpes". El film de Buñuel constituye el otro lado del triángulo: tres películas seriamente realizadas sobre el tema de la delincuencia juvenil. Pero se equivocaría quien no viese en estos tres films otra cosa que un doloroso juicio de faltas sobre la posible culpabilidad de sus jóvenes protagonistas. Los tres directores han hecho arrancar su película de un mismo pecado capital: el desorden familiar. Las tres acusaciones, porque de acusación se trata, aunque parezca extraño, sobre esas tres mu-

jes que no han sabido realizar su maternidad más que en el puro orden biológico del alumbramiento.

Buñuel ha superado a Triffaut y a De Sica, a base de una fuerte dosis de crueldad. En "Los olvidados" todo es astros, sin matices, carente de verdadero análisis. Los hechos caen sobre el espectador como cargas de explosivo.

El argumento se asemeja a los anteriores, en sus líneas fundamentales. La madre de Pedro, el más olvidado de los olvidados, no es una mujer más o menos ajena a la presencia del hijo. Buñuel descubre mucho más: se trata de positiva aversión. El hijo no le es indiferente; sencillamente está de más, tanto en el orden de la economía doméstica como en el orden de la afectividad materna. Por su parte, el muchacho, a sus once o doce años, tiene una clara conciencia de su situación: se sabe aborrecido. Podrá, por lo tanto, formular con dramática fuerza la única pregunta sobre la que gira locamente su pequeña vida: "¿Por qué no me quieres?".

Se encuentra demasiado solitario para renunciar al amor que se le debe. Insistirá. La imagen de la madre, flotante, bellísima, en una concesión muy de Buñuel a sus gustos surrealistas, se le aparecerá en mitad del sueño, entrecruzándose con otros espectros menos consoladores de su subconsciente.

La vida del muchacho transcurre en la calle. Sus incursiones en la casa tienen un matiz de clandestinidad: deberá aprovechar un descuido de su madre para apoderarse de la comida, y solamente cuando ella esté dormida penetrará en la única habitación y buscará su refugio en un rincón del camastro.

Todo cuanto suceda en el film no será más que una monstruosa sucesión de consecuencias a partir de este olvido materno, que abruma al protagonista. Una vez desalojado del hogar, deberá enfrentarse con otro mundo que intentaremos analizar a grandes rasgos.

El Jaibo.—Es un muchacho de 18 a 20 años. Acaba de escapar de un reformatorio. Alto, desarrapado, de largos mechones sobre la frente, chulo de bajos fondos, de una diabólica madurez para el vicio. Su mismo tipo físico trasluce con impresionante fuerza las líneas de una monstruosa fisonomía moral. El Jaibo desencadenará buena parte de las atrocidades del film, con una frialdad fuera de serie. Capitanea un grupo de ocho o nueve "puntos" de su clase, casi todos menores

que él. Su candidatura de jefe jamás se ha discutido.

—Ese es "remacho" de veras"— afirma con entusiasmo uno de sus hinchas. Sus fechorías tienen siempre un matiz de villanía y sadismo: el robo, en descampado, al ciego que toca el acordeón. El asalto al inválido de las piernas cortadas, que se arrasta por la calle en su carrito. La broma macabra del carrito rodando calle abajo, mientras el inválido se retuerce desesperadamente de espaldas en la acera... El asesinato a palos del más noble de los compañeros, etc. En el Jaibo, el mal ha ganado una partida redonda.

El ciego.—Este representante de lo más desvalido de la sociedad, tiene que defenderse, y nos parece justo. Con la llegada del Jaibo sus tinieblas se han vuelto amenazadoras. Le han asaltado cobardemente en las afueras de la ciudad. "Ojitos" ha intentado partirle la cabeza con una piedra... ¿Qué otra cosa podrá hacer un ciego sino aborrecer con toda su alma lo que amenaza su triste tranquilidad? ¿Qué tremendo lenguaje el de ese cuchillo con el que descuartiza literalmente las patatas, en un extraordinario primer plano de brutal expresividad!

Sin embargo, Buñuel ha querido atajar la posible compasión del espectador. El ciego pertenece al mundo de los malvados porque su fondo moral no está menos podrido que el del Jaibo. Era importante que esto no se olvidara. Y Buñuel nos lo recuerda en una escena discretamente resuelta, en la que el viejo intenta aprovecharse de Marianita, una menor que le lleva por las tardes una jarra de leche.

Ojitos.—Le ha mandado su padre esperar su regreso. Le ha señalado la esquina y la piedra en que debe aguardar. La noche cae. La calle se vacía. No viene nadie. Ojitos llora. Le han olvidado. El ciego se aprovechará de este abandono, le tomará de lazarillo sin sueldo ni beneficio. Al lado de este personaje, Ojitos conocerá de cerca la miseria del corazón humano. En un momento dado, agarrará entre sus manos un enorme pedrusco e intentará aplastarle la cabeza a su amo, con un gesto de ángel exterminador. El instinto del mal ha despertado. La necesidad de la autodefensa enseña todo aquello que pudo ignorarse siempre.

Marianita.—Ha descubierto dos o tres cosas "importantes" en su vida: que es una chica bonita, que gusta a los mozalbetes, que, frotándola con leche, su piel adquirirá una

suavidad extraordinaria... En medio de estos primeros descubrimientos aparecen los otros, las violentas irrupciones del mundo de los mayores: resistirá instintivamente a la lujuria del ciego, pero cederá a la tentación del beso de Jaibo, a cambio de un billete. La brutalidad del muchacho le ayudará a comprender qué es lo que se espera de sus maravillosos catorce años.



"En los gorrillos de "Los olvidados", reconocemos todavía gestos llenos de ternura comunes a todos los chicos del mundo"

Por otra parte, su propio padre la iniciará en la ciencia del disimulo y de la mala conciencia. Cuando el cadáver de Pedro aparece entre la hierba del establo, será mucho más cómodo no decir nada a nadie, no buscarse jaleos con la "poll"... Lo meterán en un saco y lo arrojarán a las afueras del pueblo por los derrumbaderos de la basura.

Pedro.—Su aventura supera infinitamente los recursos defensivos de sus once o doce años. Pedro se ha convertido en una especie de rata de desagüe, fugitivo de su casa y de su mundo. Tiene miedo. El miedo preside largamente su desdichada historia. Miedo a su madre, a la policía, al jefe del taller, al Jaibo... A su temprana edad, su psicología ha recibido golpes tan certeros que difícilmente logrará reponerse. Ha visto asesinar, se le ha forzado a guardar el secreto a punta de cuchillo; sospechoso de robo, dominado por el poder diabólico del Jaibo, atenzado en el riesgo por una extraña confabulación de las circunstancias. La oportuna intervención de un policía le impide caer en manos de un pederasta que le hace proposiciones ante el escaparate de una confitería. Pedro no ha sabido decir no,

ni siquiera ha dicho que sí. Pero parece dispuesto a dejarse arrastrar por un azar menos terrible que el de vagabundear toda la noche por las calles, acechado por los sabuesos de la policía.

El director del reformatorio creará encontrar en el muchacho el punto flaco por donde se le puede entrar: una vena de ternura insatisfecha, que se muestra en el interés del muchacho por las aves de la granja. Le pondrá a cuidar los gallineros del internado.

Una funesta intervención de los compañeros dará al traste con esta primera tentativa de recuperación. La escena es impresionante: Pedro, estallando en cólera, arrebatado por un ramalazo de furor, en el más impresionante descontrol de sus nervios, la emprende a palos con las gallinas, únicos seres que parecen no ofrecerle resistencia en la vida. La represión ha roto todos los diques. Una sociedad, simbólicamente emplumada, cae bajo los golpes de aquel pequeño energúmeno. Su pelea final con el Jaibo encuentra a este primer choque su cliché impulsivo, subconsciente, como entrenamiento para la muerte. Perderá la partida. Buñuel le hará morir, en último término, en nombre de un principio absurdo: la dignidad de su madre que, unos días antes, se ha entregado sin resistencia al Jaibo. He aquí la muerte más inútil del mundo.

La acusación.—Por lo que hemos dicho, los lectores tienen ya los suficientes elementos de juicio para poder concluir como bastantes espectadores: Esto es demasiado.

La afirmación, ciertamente, es válida como ponderación de la atrocidad de los hechos. No lo es, por supuesto, si equivale a tachar la película de tremendista y exagerada.

Se ha dicho que Buñuel escribe su cine con mayúsculas. ¿De qué otra manera se pudieron escribir "Los olvidados"? La miopía social es una realidad. En los cartones de los oculistas las letras van aumentando de tamaño. Es preciso dar con el volumen y el grosor que ciertos ojos necesitan para que la retina se impresione.

Al principio de la película viene un aviso: "Sucesos ocurridos en..." (o algo semejante). Bastaría, por lo demás, revisar superficialmente —notemos la palabra— los amplios ficheros del Tribunal Tutelar de Menores para obtener una rápida confirmación. "Los olvidados" son historia. Pero son, ya lo hemos dicho, sobrecogedora acusación. ¿De quién? ¿Contra quién?

Si es cierto que Buñuel no se define en la

película, no toma partido y deja que sus personajes sean arrebatados por la fuerza de su propia realidad, creo que tres veces, por lo menos, alza la voz con toda claridad:

Ante la alegría de Pedro, perdido entre las gallinas, el director del reformatorio comenta: —"¡Si pudiéramos encerrar también a la miseria...!".

En la preocupación social de Buñuel la miseria juega un papel importante como elemento corruptor de la dignidad humana. La miseria es quien ha convertido al ciego en un sordido aprovechado, al Jaibo y a su pandilla en saltadores del indefenso, a Marianita en una candorosa menor tentada por el dinero y a la madre de Pedro en una mujer defraudada por su propia fecundidad: le sobra evidentemente un hijo, el de mejor apetito.

Sin embargo, a la delación de la miseria como fuerza destructora, se le añade otra acusación no menos grave. El director del Tribunal Tutelar se encara con la madre del muchacho: —"Es usted la que debiera estar reclusa"— La mujer argumentará, un tanto perpleja, con la historia de sus muchos hijos, sus muchas ocupaciones, sus escasas ganancias y su imposibilidad de multiplicarse para estar en todo. Muy cierto. Sin embargo, la voz del Tribunal señala inexorablemente, en el historial del nuevo recluso, ese vacío del corazón que debió llenarse por encima de todo.

Tal vez la declaración más impresionante ocurra al final, en la muerte de Jaibo. La policía le derriba de un par de balazos. El ciego ha escuchado la detonación y se frota las manos con repulsivo alborozo: "¡Uno menos! ¡Uno menos! ¡Debieran acabar con todos!..."

La cabeza del Jaibo, sangrante, despeinada, ocupa toda la pantalla en un impresionante primer plano. La voz del muchacho, en "off", como una voz de la conciencia, monologa en una especie de último delirio: "Estoy solo... solo... Me voy hundiendo sin remedio en este pozo oscuro... Solo".

En ese momento, como una respuesta imprevista, como un juicio póstumo, misericordioso y verdaderamente profundo sobre la bárbara historia del muchacho, interviene de lejos una voz de mujer: "Solo... como estuviste siempre, hijo mío, como siempre..."

Solamente a la luz de esa palabra, que cae desde arriba, deberá ser juzgada la vida de este ser.

Al espectador y al lector le queda la tarea de la reflexión.

JOSE LUIS BLANCO VEGA, S. J. - Roma